

José María Tarín Curto

* Santa Bárbara (Tarragona) - 6 febrero 1892
† Tortosa (Tarragona) - 28 octubre 1936

D. José María Tarín nació en Santa Bárbara, provincia de Tarragona y diócesis de Tortosa, el 6 de febrero de 1892, hijo de Pedro y de Josefa, y fue bautizado al día siguiente de su nacimiento.

Por su hermana María Cinta sabemos que sus padres eran muy religiosos y de posición social modesta, y que José era ya de niño muy bueno, apreciándose en él desde temprana edad una fuerte inclinación a la vocación sacerdotal. Seguramente, el ambiente familiar y tener un tío sacerdote contribuyeron al nacimiento de vocación al sacerdocio

En Santa Bárbara, pueblo culto y trabajador, vivió sus primeros. Pero pronto fue al Seminario de Tortosa, donde realizó los estudios de humnidades y eclesiásticos, como alumno interno del Colegio de San José.

De sus tiempos del Colegio se conserva, entre otras, esta deliciosa confesión de D. José sobre el atractivo de la figura del Beato Manuel Domingo y Sol: “En mis primeros años de gramática más de una vez, en nuestras conversaciones de niños, expresábamos el deseo de que muriera nuestro Padre Fundador, con la esperanza de verle obrar algún milagro. ¡Tan convencidos estábamos de su santidad!”.

Recibió la ordenación sacerdotal el 2 de junio de 1917 y el 11 de agosto de ese mismo año se consagró a la Hermandad.

Como sacerdote operario ejerció los siguientes ministerios: de 1916 a 1918 fue prefecto en el Colegio de San José de Tortosa; de 1918 a 1923, durante cinco cursos, fue prefecto y profesor en el Seminario de Belchite; con los mismos cargos estuvo de 1823 a 1925

en el Seminario de Burgos; de 1925 a 1928 en el de León; de 1928 a 1930 en el de Astorga; de 1930 a 1934 en el de Toledo; y desde 1934 hasta su martirio en el Seminario de Zaragoza.

Supo unir D. José –"Tarín", como cariñosamente acostumbraban a llamarle los operarios– junto a una sólida piedad sacerdotal una permanente alegría, que cautivaba a cuantos le trataban. Fidelísimo en el cumplimiento de sus deberes, sobresalió notablemente en la enseñanza de la lengua latina, en la que se acreditó, no sólo entre los alumnos, sino aun entre sus compañeros profesores, como un maestro extraordinario.

Como profesor era exigente para que sus seminaristas recibieran la mejor formación, y como formador de Seminario, totalmente dedicado a su tarea formativa. Uno de sus alumnos de Belchite declaró en el Proceso de Beatificación que era el más querido de los formadores, que junto a él nadie podía estar triste

Y el sacerdote D. Juan Gasca ofreció una declaración especialmente significativa de sus virtudes: "Sobresalía en él especialmente la humildad, la alegría espiritual, la entrega a los seminaristas; bondad hacia todos, sin distinción alguna; hacía agradable y razonada la obediencia; era fidelísimo en el cumplimiento de su deber; ocupado siempre, estudiaba mucho y se hacía todo para todos los seminaristas. Eran muy edificantes sus predicaciones y conferencias sobre formación sacerdotal… Bastaba con su presencia para estimular al cumplimiento del reglamento. Sabía hacer amable la obediencia. Nadie lo huía y todos se alegraban de que se ocupara de los seminaristas y estuviera con ellos".

Un aspecto que hacía especialmente atrayente su carácter humano era su capacidad para saber conjugar una vida intensa de piedad con formas alegres. Hacía simpática y atrayente la vida espiritual para los seminaristas.

"Era muy amable –declara uno de ellos– y se le veía entusiasmado de su vocación de operario. Quería mucho a los colegiales y nosotros a él. Amenizaba muy bien las clases, y nos hacía muy entretenidos los recreos y los paseos. Con el fin de que los juegos resultasen movidos, jugaba siempre él con nosotros, aun al marro y a la bandera, haciendo él mismo de abanderado a veces".

El Señor le había otorgado el don de la santa alegría, hija de la amistad con Cristo y de la paz del espíritu y del corazón, que D. Jo-

sé derramaba a manos llenas sobre sus hermanos operarios, para endulzarles la vida y hacerles más llevaderas las fatigosas tareas de su ministerio. Fue la de D. José una virtud muy simpática y amable.

Encarnaba de maravilla la insistente y sabia recomendación de D. Manuel: "Tengamos el corazón siempre abierto dentro de nuestra Hermandad; porque se estrechan los lazos de fraternidad con la comunión de bienes, de alegrías y de penas".

El curso 1935-36 estaba en Zaragoza, y a finales de junio fue a Trotosa para hacer los ejercicios espirituales con los operarios. Después, como solía hacer cada año, pasaba las vacaiones en Santa Bárbara, con su familia.

Cuando estalló la revolución, al ver el giro que tomaba, se ofreció al párroco para suplirle aconsejándole que marchase del pueblo. Y dijo a los suyos: "¡Bien está todo! ¡Sería la ocasión de dar la vida por Cristo! ¡Qué dicha sería para mí si me mataran por ser sacerdote!".

Y así lo percibieron algunos testigos de su martirio que declararon en el Proceso: "Lo buscaban únicamente por ser sacerdote. Había realizado toda su actividad lejos del lugar de su martirio. Se ha de excluir cualquier otro motivo que pudiera ser ocasión de su martirio". No tenía enemigos personales, ni intervino en política.

Estaba escondido en su casa, juntamente con un tío sacerdote, D. Jorge. Se confesaban mutuamente con mucha frecuencia. Se decía en el pueblo que D. José no había hudo a un lugar más seguro en el campo por no abandonar a su tío sacerdote.

Al despedirse D. José de su anciana madre, hermanas y sobrinos fue bendiciendo a todos, con admirable serenidad y diciéndoles: "¡Hasta el cielo!". Y a su madre desconsolada le dijo: "Madre, diez años antes o después es igual. Me matan por ser sacerdote. ¡Bendito sea Dios!".

Cuando le sacaron de casa, junto con su tío, para llevarlos primero a la Casa Consistorial, les hicieron pasar por la iglesia parroquial, convertida en un Sindicato marxista, para mayor desdicha.

Estuvieron encarcelados apenas unas horas, hasta el anochecer. Cuando se supo del arresto, mucha gente se reunió en la plaza, pues D. José era muy apreciado.

Los coches que los llevaban al martirio pasaron por medio de la

plaza, y D. José y su tío saludaron y bendijeron a los que allí se habían congregado. Fueron unos momentos de intensa emoción, según los testigos.

Al salir del pueblo los coches se separaron. En el que iba D. José tomó la dirección de Tortosa. Lo fusilaron en Pla dels Ametllers, cerca de Tortosa, el 28 de octubre de 1936.

Su cuerpo fue enterrado en el Cementerio municipal de Tortosa, Y en seguida se difundió la noticia del su martirio y su fama de santidad. Acabada la guerra su cadáver fue reconocido, y en el año 1947 fue trasladado al mausoleo de los sacerdotes operarios mártires del Templo de Reparación de Tortosa.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Padre de bondad,
que con la sangre de tus sacerdotes
José Tarín Curto y compañeros,
fecundaste su labor apostólica,
orientada de manera especial a la formación sacerdotal,
concédenos, por su intercesión,
abundantes vocaciones para dispensar tus misterios,
fidelidad en el servicio de tu Reino,
y la gracia que te pedimos por su intercesión.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID